

hijo, que ya había sido herido por cubrir con su cuerpo el cuerpo de su padre: quiso el rey Juan alejar de aquel terrible peligro al regio niño y lo encomendó á la custodia de varios caballeros, pero Felipe se escapó de sus manos y volvió á reunirse con su padre. No teniendo aun sus brazos fuerza para manejar las armas, velaba por la vida de su padre, advirtiéndole de qué parte debía ponerse en guardia, cuando veía acercarse algun enemigo.

La gritería había ya cesado enteramente. Charny, tendido á los pies del rey, estrechaba entre sus brazos arrecidos por la muerte el oriflama que nadie le había podido arrancar: solo las flores de lis permanecían de pie en el campo de batalla: la Francia entera estaba reducida á su rey, que vibrando con sus dos manos el hacha de armas defendiendo su patria, su hijo, su corona, y el oriflama, inmolvaba á cuantos tenían la mala suerte de acercársele. Ya no quedaban en torno del mas que algunos caballeros tendidos en el suelo y acribillados de heridas que levantando del polvo su moribunda cabeza á la voz de su soberano, hacían un postrer esfuerzo y volvían á caer para no volverse á levantar. Mil enemigos desde una respetuosa distancia le gritaban: «Señor, rendíos!» pero Juan, aunque ya bastante debilitado por la sangre que iba perdiendo, había resuelto morir, pero no entregarse.

Un caballero atraviesa entre la multitud, y desviando los soldados, se acerca respetuosamente al monarca, hablándole en francés y diciéndole: Señor, en nombre de Dios, rendíos. El rey, al oír hablar en francés, bajó el hacha y dijo: «¿A quién me he de rendir? ¿A quién? ¿En dónde está mi primo el príncipe de Gales? Si le viera, hablaríamos.—No está aquí, replico el caballero, pero entrego á mí, y yo os conduciré adonde él está.—Y vos, ¿quién sois?»—Señor, yo soy Dionisio de Morbed, caballero de Artois: sirvo al rey de Inglaterra, porque habiendo cometido un homicidio en mi país, tuve que exatriarme.»

Juan se quitó el guante de la mano derecha y se le arrojó al caballero diciéndole: «A tí me entrego.» No puede decirse que el rey de Francia entregara su espada sino á un francés.

Ya no se veían ni banderas, ni pendones del ejército del rey Juan en los campos de Poitiers. El príncipe de Gales no conocía aun toda la importancia del hecho de armas que se acababa de consumir. Chandos le aconsejó que fijase su bandera sobre un arbusto á fin de que al verla las tropas dispersas se fueran reuniendo. Levantaron en el terreno una pequeña tienda encarnada, y el príncipe entró en ella. Los empleados de su servidumbre le soltaron las hebillas de la armadura y le dieron de beber: los clarines tocaron retirada. Presentáronse los caballeros ingleses y gascones con un prodigioso número de prisioneros: había soldado que traía diez de ellos. Tratáronlos á todos con una generosidad extraordinaria, consiguiendo libertad la mayor parte bajo palabra ó bajo la simple promesa de un rescate que procuraban no fuera muy crecido, á fin de que no les arruinara.

El hijo de Eduardo, al ver llegar los dos mariscales de Inglaterra, les preguntó noticias del rey de Francia. «Señor no sabemos, contestaron, lo que ha sido del rey de Francia, pero creemos que indispensablemente debe haber muerto ó caído prisionero; pues no se ha separado de sus huestes.» Chandos había predicho que al rey Juan no le permitiría huir su valor; Warwick opinó que debe haber sido muerto ó caído prisionero: no tardaremos mucho en ver que el mismo príncipe de Gales le proclama por el mas denodado caballero de su ejército. Un monarca francés, cuyo valor es tan altamente preconizado hasta por sus mismos enemigos, puede ser vencido sin dejar de reinar; los reyes de la larga cabellera solo cubiertos de púrpu-

ra, perdieron la corona que habían recibido sobre un pavés.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: «Partid, os ruego y no os detengais hasta que podais adquirir noticias del rey de Francia. Los mariscales partieron, y cabalgando, treparon á una altura, á fin de tender la vista por el campo. No tardaron en divisar un tropel de hombres que caminaban muy despacio y á cada instante se detenían. Warwick y su compañero se dirigieron hácia aquel grupo. «¿Quién va? preguntaron.—El rey de Francia, les respondieron, que ha sido hecho prisionero, y ahora se lo vienen disputando mas de diez caballeros y otros tantos escuderos.»

Juan, en medio de aquellos soldados, trayendo á su hijo de la mano, se había hallado expuesto al mayor peligro: los ingleses y gascones se lo arrancaban mutuamente de las manos, despues de haberlo quitado á Dionisio de Morbed. Cada cual gritaba: yo le he hecho prisionero. A mí se me ha rendido. Entre tanto el rey decía: «Tratadnos con alguna consideración á mí y á mi hijo; llevadnos al príncipe de Gales: no os disputéis el haberme hecho prisionero; pues soy bastante grande para enriqueceros á todos.» Estas palabras amansaban por un momento la furia de aquellos soldados, mas apenas habían vuelto á ponerse en marcha volvían á renovar la disputa. Warwick y Cobham se arrojaron entre aquella turba, impusieron pena de la vida al que se atreviera á acercarse al rey; echaron pié á tierra, saludaron al monarca y á su hijo, y los condujeron hácia la tienda del príncipe de Gales.

Noticioso el hijo de Eduardo de que el gran prisionero estaba ya cerca, salió á recibirlo, se inclinó profundamente al llegar á su presencia, suplicándole con corteses palabras se sirviera entrar en su tienda. En seguida mandó vino y refrescos y se lo presentó con su propia mano al padre y al hijo, en señal, segun dicen las crónicas, de muy grande amor. Así están escritas en el cielo las derrotas y las victorias, así se ensalzan y se abaten los imperios! Ocho siglos antes el primer rey franco, triunfó de los visigodos casi en el mismo sitio donde el rey Juan cayó prisionero de los ingleses: Charny sucumbió defendiendo el oriflama en los campos, donde cuatro siglos despues había de morir Rochejaquelin por la bandera blanca.

Cuando vino la noche, el príncipe Negro mandó disponer en su misma tienda una mesa abundantemente servida, á la cual, en compañía del rey y su hijo, se sentaron los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan de Artois, los condes de Tancarville, de Etampes, de Damp-Marie, de Granville y el señor de Parthenay. Los demás barones y caballeros franceses, compañeros de infortunio de su señor, se colocaron en otras mesas. El príncipe de Gales sirvió personalmente á sus huéspedes; y rehusó constantemente tomar asiento en la mesa del rey, diciendo que estaba muy lejos de tener la presunción de sentarse junto á un príncipe tan eminente y hombre tan denodado. «Querido señor, le decía al rey Juan, no os dejeis abatir porque Dios no haya cumplido hoy vuestros deseos: mi señor padre os tratará con todo el honor que mereceis, y se avendrá á condiciones tan equitativas, que es de esperar quedeis amigos para siempre. Debeis tener una satisfaccion, pues aunque la jornada no ha sido vuestra, habeis hecho personalmente proezas, distinguiéndoos entre todos los de vuestro bando. No penseis que digo eso por consolaros, pues todos mis caballeros que se han hallado en el combate, están conformes en concederos el prez y la corona.»

Hasta entonces Juan había soportado su desgracia con magnanimidad, no había salido de sus labios la menor queja, ni había dado la mas insignificante señal de flaqueza; mas cuando se vió tratado con aquella generosidad, cuando vió que aquellos mismos enemi-

gos que le rehusaban el título de rey cuando estaba en el trono, le reconocían como tal al verle cautivo, se sintió realmente vencido. De sus ojos se escaparon algunas lágrimas que borraron las manchas de sangre que había aun en su rostro. En aquel banquete del cautiverio pudo el rey cristianísimo decir como el santo rey David en otro tiempo: *Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*

Todos los demás prisioneros prorumpieron en llanto al ver derramar lágrimas al monarca, y el festin quedó por unos momentos suspendido. Los guerreros franceses tan entendiados apreciadores de las buenas acciones, contemplaban con un murmullo de admiración á su vencedor, que apenas llegaba á veinte y seis años de edad. «Qué buen monarca promete á su país, decían, si logra vivir y perseverar su buena fortuna.»

Las palabras de los desgraciados son proféticas: si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros, pudo tener, en vista de la inconsecuencia de la suerte, un presentimiento de su porvenir. Su vida fue corta. Su hijo, que le reemplazó en el trono de Inglaterra, se vió vendido por aquellos mismos nobles que habían combatido en Poitiers, tuvo que recurrir á la protec-

ción del heredero del rey Juan, fue depuesto del trono por un parlamento ingrato, se vió encerrado en una torre, y por último, habiendo sido condenado á morir de hambre, luchó varios dias contra la muerte deseando en vano al llegar sus últimos momentos los desperdicios de aquel banquete que su padre victorioso había mandado dar á un monarca desgraciado. Hasta la gloria misma del vencedor de Poitiers ha perecido en aquellos campos donde resplandeció con tanta claridad.

En una altura que domina la abadía de Vouillé y la aldea de Beauvoir en el Poitu, en la cima de una colina cubierta de juncos marinos, se encuentran al parecer vestigios de un antiguo campamento: en medio se nota la boca de un pozo ya medio obstruido: esto es todo lo que existe para acreditar el pasaje de un héroe. La aldea de Maupertuis ha desaparecido: nadie en el país se acuerda que haya existido. Por otro raro capricho de la suerte, el sitio en que se ven las huellas del campamento inglés se llama *Cartago*, como si la fortuna, para burlarse de los hombres, se hubiese complacido en borrar un nombre célebre con otro mas célebre, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (1).

## ANALISIS RAZONADO

DE LA

## HISTORIA DE FRANCIA.

DESDE LA BATALLA DE POITIERS EN TIEMPO DEL REY D. JUAN HASTA LA REVOLUCION DE 1789.

JUAN II.  
(Desde 1336 á 1364.)

¡La Francia parecía haber llegado á su perdición! su tesoro estaba axhausto; sus ejércitos se habían convertido en hordas de salteadores que la desgarraban: sus pueblos se sublevaban; sus Estados atacaban el trono que había quedado vacante por el cautiverio del rey; un príncipe de la familia real fugándose de la prisión acaba de aumentar el desorden mezclando las discordias domésticas con las violencias cometidas por los extranjeros; envenena al heredero de la corona cautiva; surgen traidores en el Estado eclesiástico y en la nobleza y sediciosos en las últimas gerarquias sociales; en lo exterior del país se desencadenan los horrores de la anarquía civil y militar, y para remedio de tantos males no podía contar la nacion mas que con un príncipe de diez y ocho años escasos de edad, que por su proyecto de fuga con el rey de Navarra y por su conducta en la batalla de Poitiers no había merecido el aprecio ni de los Franceses ni de los enemigos. ¿Quién podría creer que ese niño, andando el

(1) Véase sobre la palabra *Cartago* el *Ensayo de disertacion sobre el CAMPUS VOCLADENSIS*, en las *Disertaciones de LEBOEUF*. Véase tambien las *Vidas de los capitanes ilustres en la edad media*, por Mr. MAZAS. Encuéntrase en esa concienzuda obra curiosos datos acerca de las batallas de Crecy, de Poitiers y de Arincourt.

tiempo, había de ser Carlos el Sabio, el salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Carlos V, no era digámoslo así mas que la cabeza: le era preciso un brazo y este brazo, Dios había cuidado de irlo robusteciendo para la época en que fuera necesario. En tanto que el Delfin se iba retirando oscuramente de Poitiers, despreciado de los vencedores, un pobre hidalgo, tan oscuro como él, combatía por Carlos de Blois en los carrascales de la Bretaña. Sin hermosura, sin gentileza, sin bienes de fortuna, sin capacidad, pues nunca pudo aprender á leer, ese hidalgo, medio rústico, nada al parecer tenía de lo que constituye la naturaleza de los héroes, sino el valor. Las crónicas de aquella época al hablar de ese parsonaje lo caracterizan con el nombre de *cierto noble paje*. Ese jóven era Duguesclin, el primer capitán que desde el tiempo de los romanos se había visto en Europa y que en aquel tiempo mereció el nombre de *Buen condestable*. ¡Tan fecundo es el suelo de la Francia y tantos los recursos que halla aun en medio de su desgracia!

Carlos y Duguesclin nacieron, sea lícito decirlo así, el uno para el otro, y los dos para la nacion, siendo tanto mas ilustres sus triunfos cuanto mayores fueron los obstáculos que se les opusieron.

Ante los ejecutores de la venganza divina el mundo se aplaná; con medianos talentos consiguen triun-

fos extraordinarios, no encumbran adversarios que sean capaces de disputarles el triunfo y todo se combina de modo que hasta sus mismas faltas contribuyen á dar aumento á su poder. El cielo á fin de favorecer su marcha hace que en los tronos se sienten la locura y la estupidez, no deja un buen capitán que pueda oponerles al paso, ni un ministro en el consejo de los reyes. Aquellos exterminadores obtienen la sumisión del pueblo en nombre de las calamidades á que deben su origen y del terror que aquellas calamidades han inspirado. Arrastrando en pos de sí un tropel de esclavos, armados, y deshonrados por cien victorias, llegan con la tea en la mano y los piés bañados en sangre á los confines del mundo como unos hombres ébrios, impelidos por el terrible número que constituye su fuerza, fuerza que aquellos hombres en su ciega alucinación no llegan á comprender.

Pero cuando la Providencia, por el contrario quiere elevar un reino y no abatirlo; cuando se vale de servidores y no de enemigos; cuando prepara una verdadera gloria y no una funesta celebridad á sus agentes, lejos de allanarles el camino, les opone obstáculos dignos de sus virtudes. Estas señales pueden dar á conocer la diferencia que existe entre el hombre salvador y el hombre azote, entre el hombre cuya misión es edificar y entre aquel que está destinado á destruir. Este aparece y no encuentra genio ni talentos que puedan oponerse á sus actos; el otro choca á cada instante con adversarios diestros capaces de contrarrestar sus triunfos: el uno marcha sin oposición, es dueño de todo y para conseguir sus planes puede emplear recursos inmensos; el otro tiene que sufrir la oposición de todo el mundo, no dispone de nada, ni cuenta mas que con recursos de escasa importancia. El Delfín tuvo que medirse con Eduardo, monarca poderoso, guerrero afortunado y dueño de un país floreciente y de la mitad de Francia; tuvo que luchar contra Carlos el Malo, príncipe que por medio de crímenes sabía dar importancia á sus artificios, contra Marcel, contra Le Coq y contra Pecquigny, Triunvirato temible por la triple alianza del poder popular, aristocrático y religioso. Duguesclin batió al príncipe de Gales, á Chandos y al *chaptal* de Buch, rivales que le excedían en celebridad y le igualaban en mérito. Viéndose sin dinero, y sin crédito no pudo sostener á sus compañeros de armas sino vendiendo las joyas de su mujer. Tan pronto no tuvo mas soldados que algunos caballeros valientes pero indóciles, y aldeanos indisciplinados como se le vio al frente de un ejército compuesto de hordas de bandidos que no le seguían mas que por el prestigio de su gloria. Y sin embargo el Delfín y el capitán de aventureros llegaron á conseguir su objeto, batieron á los extranjeros, restablecieron el órden é hicieron florecer las leyes, las letras, el comercio y la agricultura. Los dos despues de haber brillado juntos en la escena del mundo desaparecieron de ella casi á un mismo tiempo; el *Buen condestable* fue á dormir en el régio panteón á los piés de Carlos el Sabio. Turbados en su profundo reposo sus restos mortales, siempre enlazados al parecer por un mismo destino, han visto en nuestros tiempos la luz del día despues de una noche de cuatro siglos: las cenizas del monarca que arrancó de manos de los ingleses el territorio de la Francia, han sido arrojadas al viento, y manos francesas han despedazado el féretro de Duguesclin, ante el cual, como ante la arca santa caían derrocados los baluartes enemigos.

París, despues de la batalla de Poitiers recibió al jóven Carlos con honrosas demostraciones de respeto, bien sea porque no pueda por de pronto la condición humana prescindir de tributar homenaje á la desgracia, ó bien porque procure cumplir cuanto antes con ella, para poderse desviar luego sin remordimiento y entregarse con toda holgura á la ingratitude.

Algun tiempo antes de la batalla de Poitiers el Delfín habia sido nombrado teniente general del reino por su padre. En este concepto gobernó la Francia hasta su mayoría, en cuya época tomó sin oposicion de nadie el título de regente. Lo primero que hizo Carlos fue convocar los Estados que en su última sesion se habian aplazado para el mes de noviembre. Reuniéronse pues en la cámara del parlamento.

Ochocientos diputados componian en su totalidad la asamblea de la lengua de *Oïl*: la nobleza estaba presidida por el duque de Orleans, hermano del rey; el clero por Juan de Craon, arzobispo de Reims, y el pueblo por Estéban Marcel, síndico del comercio. El canciller pronunció el discurso de apertura, invitando los diputados á ocuparse de las necesidades de la Francia y de la libertad del rey. Los Estados se reunieron separadamente, y nombraron una comisión compuesta de cincuenta individuos tomados de las tres categorías y elegidos entre los diputados mas opuestos al príncipe. Esta comisión se encargó de presentar un plan de reforma general.

Habiendo quedado acordes en lo tocante á las bases de ese proyecto, suplicaron al Delfín asistiera á las sesiones de las asambleas que entonces se celebraban en el convento de Franciscanos. Quisieron además obligar al príncipe á guardar secreto sobre lo que habian de decirle; pero él se rehusó á hacer semejante promesa.

Levantóse entonces el obispo de Laon, Roberto Le Coq, y usó de la palabra; achacó las calamidades públicas á los aduladores y consejeros de que el rey Juan se habia rodeado; presentó una lista de proscripción de veinte y dos personas, aconsejando que se les formara causa, propuso que se formara una comisión sacada del seno de los Estados para vigilar sobre los diversos ramos de la administración; pidió que Carlos no pudiera tomar ninguna resolución sin oír el dictámen de un consejo igualmente elegido entre los diputados, y terminó su discurso pidiendo la libertad del rey de Navarra. Mediante esta condición los Estados ofrecían un alistamiento de treinta mil hombres, y el impuesto de una décima y media, ó sea de tres veintésimos sobre los bienes de la nobleza y el clero. El Estado llano se ofrecía por su parte á presentar y equipar un soldado por cada diez hogares.

Admiración causa ver como una corporación que carecía absolutamente de experiencia marchaba tan directamente á su objeto, y recorría con tan seguro paso las sendas que posteriormente se han seguido en iguales casos.

Aquellos Estados de 1356 (5 de febrero) y los de 1357 (7 de octubre) se hallaron poco mas ó menos en la misma situación que la Asamblea legislativa en 1792. La Francia en ambas épocas tenia que resistir á una guerra extranjera, en tanto que anteriormente tenia que ocuparse de la reforma de sus leyes, y en tanto que se estaba verificando una gran revolución política. La misma causa dada produjo algunos efectos análogos. Los Estados de 1356, por aquel instinto natural que impele las corporaciones y los hombres en particular á sacar partido de las circunstancias, se constituyeron: ya habian dado desde las anteriores sesiones un gran paso hácia ese objeto, y por último pudieron realizarlo despues de la batalla de Poitiers.

Pero la opresión de las armas extranjeras, las resistencias locales y las divisiones interiores correspondieron esos elementos y produjeron algo de los crímenes que posteriormente hemos visto vueltos á reproducir en nuestros tiempos. Marcel, Roberto Le Coq y Pecquigny, levantáronse á manera de turbulentos tribunos y exaltaron las pasiones de la multitud. Marcel llegó á enseñorearse y á disponer segun quería de aquellos reyes medio desnudos, degradados por la miseria, verdaderos salvajes en medio de la ci-

vilización, pero salvajes que carecían de la poética altivez de las selvas y no tenían mas que el cinico orgullo de los harapos.

El rey de Navarra, libre de su prisión de Arleux en Pailleul por Juan de Pecquigny, y gobernador de Artois (1357) pasó precipitadamente á París á dar pábulo á la discordia. Arengó al pueblo reunido en el prado llamado *Pré-aux-cleres*. Hubo especie de asambleas á manera de las del Forum romano en los mercados y en Sain-Jacques-de-l'Hopital en las cuales Marcel, el regidor Consac, el canceller del Ducado de Normandía Juan de Dormans, y el mismo Delfín, pronunciaron discursos delante del pueblo, que fluctuaba de una en otra opinion, atendiendo simultáneamente á los oradores. No volvió á verse esto en 1793: el pueblo que en esta ocasión tomó una parte tan activa en los sucesos, no deliberó nunca en masa ni obligó los principales personajes del Estado á pleitear ante él: hasta la misma Convención desechó la idea de la apelación al pueblo.

París durante el 1357 tuvo momentos en que pudo ser considerado como una democracia organizada segun la forma antigua en medio del feudalismo. Intentáronse colores nacionales: adoptaron como distintivo la gorra de paño mitad encarnada, mitad azul verdoso adornada con una hebilla ó chapa de plata esmaltada con esta inscripción: *A bonne fin* (á buen fin). Abrióronse las prisiones á petición del rey de Navarra que dió la lista de los criminales que debían ser puestos en libertad, á saber: *«Ladrones, asesinos, salteadores, monederos falsos, violadores, falsarios, sediciosos, homicidas, brujos, brujas y envenenadores.»* Todos estos desórdenes fueron acompañados de matanzas. El rey no pereció en aquellos tumultos, porque estaba prisionero en Inglaterra; pero el heredero del trono se vió expuesto á los mas inminentes peligros.

Y no se diga que entonces á nadie podia ocurrírsele el enjuiciar á un monarca, pues por el contrario era una idea muy propia de aquellos tiempos.

En el artículo 18 del testamento de Carlomagno se lee esta notable proposición. «Si alguno de nuestros nietos presentes, ó por venirse viese encausado, mandamos que no se le rasure la cabeza, arranquen los ojos, ampute ningun miembro, ni se le condene á muerte sin preceder atenta discusión y exámen» (1). ¡El mismo Carlomagno, cuyos nietos presentes ó por venir habian de ser reyes era el que hablaba de ese modo!

En tiempo de su hijo Ludovico Pio, una asamblea nacional encausó y condenó á Bernardo rey de Italia: otra asamblea obligó tambien ó ese mismo emperador Luis á descender del trono, que finalmente volvió á ocuparlo por decision de otra. Poco antes del advenimiento de la rama de los Valois á la corona, el parlamento de Inglaterra destronó á Eduardo II, padre de Eduardo III. El espíritu de las dos primeras gerarquías de los Estados de la edad media propendia á establecer un derecho de supremacía sobre la autoridad regia: la Iglesia Romana absolvía á los vasallos del juramento de fidelidad y los concilios generales privaban á los papas de la tiara; los grandes vasallos consideraban á los reyes como iguales suyos, y ese principio de igualdad no necesitaba mas que de la fuerza y de la desgracia para producir sus naturales consecuencias. ¿Podrá nadie creer que aquel Carlos el Malo que habia envenenado al Delfín, que habia concebido el proyecto de arebatar el rey Juan, encerrar-

(1) De nepotibus vero nostris scilicet filiis prædictorum filiorum, nostrorum, qui ex eis vel jam nati sunt vel adhuc nascituri sunt, placuit nobis præcipere ut nullus eorum per quaslibet occasiones, quemlibet ex illis apud se accusatum sine justa discussione atque examinatione aut occidere, aut membris manere, excæcare, aut invitum tondere faciat (*capitul., BAL., tom. 1, pág. 446.*)

lo en una torre y darle muerte, habria tenido escúpulo de convertirse en juez de aquel monarca? Las dietas de Alemania, conservaban el principio de la elección al Imperio y esas mismas dietas deponían á los emperadores. En Francia una reunion de notables dió á Felipe de Valois por de pronto la regencia y posteriormente la corona. El poder que da coronas no está muy lejos de creerse autorizado para quitarlas.

Debe tambien decirse que los municipios (*communes*) de Flandes tenían á sus príncipes como en tutela, y que los de Inglaterra habian tenido voto en la causa que condenó á Eduardo II, y por consiguiente volvieron á tenerlo en el destronamiento de Ricardo II. Los municipios de Francia en 1355, 1356 y 1367, constituyeron los Estados sin hacer mucho caso de los privilegios de la monarquía ni pedir la sanción del rey para restablecer la independencia.

No se habia establecido aun el principio del derecho divino: cierto es que los reyes decían que no se derivaba su poder sino de Dios y de su espada; mas eso era solamente cuando se trataba de rechazar pretensiones de alguna potencia extranjera, pero no para combatir una autoridad nacional. Juan Petit en tiempo de Carlos VI, defendió públicamente con motivo del asesinato del duque de Orleans la doctrina del regicidio. A fines del siglo XVI el parlamento de París dió principio al proceso criminal de Enrique III. Mariana, resucitó la doctrina de Juan Petit antes que Milton la estableciese en la causa de Carlos I. Preciso es por lo tanto conocer que el principio abstracto de inviolabilidad de la persona del soberano, principio tan saludable y tan sagrado pertenece á esa monarquía constitucional que la apasionada ignorancia cree ser tan contraria al poder, como á la seguridad de los reyes; preciso es conocer que la aristocracia y la democracia habian encausado, destronado y aplicado la última pena á monarcas antes que la democracia imitara ese ejemplo.

Las treguas que siguieron á la batalla de Poitiers en vez de ser favorables á la Francia y á los trabajos de los Estados, contribuyeron á aumentar la confusión.

Las tropas nacionales y extranjeras que ya no eran necesarias, ni el erario podia pagar, se desbandaron y formaron las *grandes compañías* que desolaron la Francia. Una de ellas que tomó la denominación de *società dell'acquisto*, asoló la Provenza é hizo temblar al papa en Aviñón. Despues aparecieron las bandadas de *aventureros* y de los conocidos con el nombre de *tard-venus*, que batieron á Jacobo de Borbon en Brignais (1361), causándole á él y á su hijo Pedro, heridas de resultas de las cuales murieron: el jóven conde de Forez murió en la misma acción. Arnaldo de Cervolles, denominado el Archipreste, el caballero Vest, el pequeño Meschin, Aymerigot Cabeza-Negra y otros muchos reproducían, con sus hechos de armas en los desfiladeros de los valles que ocupaban y en las fortalezas de que se habian apoderado, todo lo que las novelas cuentan de malandrines y encantadores.

Otra calamidad acababa de estallar, la guerra de la Jaquería. Los aldeanos se sublevaron contra los nobles devolviéndoles el apodo de *Buen-Jaime*, que estos les habian aplicado primeramente: los sublevados acusaban á una parte de la nobleza de haber huido en Poitiers, y como esta acusación era fundada puede decirse que al sublevarse eran impulsados de la sed de independencia, del deseo de vengar al rey, y de un movimiento patriótico contra la invasión extranjera. Alguna vez consiguieron aquellas hordas de paisanos batir las tropas inglesas con un valor que habria librado al país si hubiesen tenido imitadores. El levantamiento de los paisanos del Beauvoisis, del Soissonais y de Picardía, indica el nacimiento de la monarquía de los Estados, como el levantamiento de

la Vendé marca el final de esa misma monarquía. Es preciso sin embargo, confesar que en medio de las espantosas crueldades de la Jaquería, Guillermo Caillet, Guillermo Lalouette y su mayordomo llamado Grand-Ferré, fueron unos verdaderos héroes.

Los aldeanos, tanto los que se habían sublevado como los que permanecían en sus casas, fortificaron las poblaciones y colocaron centinelas en los campamentos de sus parroquias: al aproximarse el enemigo esos vigías daban la señal de alarma con un toque de corneta, y todos los habitantes corrían a encerrarse en la iglesia. Los que vivían a orillas del Loire se retiraban por la noche a unas balsas que tenían atadas en medio del río. En París, se prohibió tocar las campanas excepto, para las oraciones (1338) desde la conclusión de visperas hasta el amanecer del día siguiente, á fin de que los ciudadanos que estaban de facción no se distrajeran por ningún ruido. Los caminos se cubrieron de yerba: los conventos se vieron abandonados: las campiñas quedaron sin cultivar y no sirvieron más que de campamento á las diversas hordas de bandidos, de facciosos y de mercenarios ingleses, navarros y franceses, que transitaban como gavillas de árabes por el desierto: no se conocía la existencia de seres humanos en aquellos desolados campos más que por las columnas de humo que se elevaban de alguna casa ó aldea entregada á las llamas. Aun se conservan en nuestros días tristes enredos sobre las desgracias de aquella época conservadas tradicionalmente en boca del pueblo.

Hé aquí lo que dieron por resultado las facciones tituladas de la Jaquería, de los compañeros y de los ciudadanos de París: la Francia les fue deudora del establecimiento de una infantería nacional, que reemplazó á la infantería feudal de los municipios, juntamente con el espíritu de independencia natural á la fuerza armada: fuerza tiránica cuando triunfa regularmente, salvadora cuando espontáneamente se reproduce en el seno de un pueblo oprimido.

La Francia no se libró de ser conquistada en tiempo de Carlos V, por la energía de las masas populares como sucedió á la última revolución, sino por la sabiduría de la corona: así es que su redención se fue verificando con más lentitud. Nada quedó de la insurrección de París más que los fosos abiertos y los baluartes levantados en menos de dos años por los ciudadanos en un momento de terror pánico excitado por Marcel.

La revolución política causada por los Estados de 1336 y 1337, no salió del recinto de París. No era esta capital la que en aquel tiempo daba impulso al resto de la nación, porque París no era entonces capital del reino, sino capital de los dominios del rey: era un gran municipio que obraba espontáneamente, que las demás poblaciones no imitaban, y cuyo nombre apenas sabían. La abadía de San Dionisio gozaba en aquel tiempo de mucha más celebridad en Francia que la ciudad de París. En el país de la lengua de Oc y hasta en el de la lengua de Oil, había poblaciones que igualaban en riquezas y aventajaban en hermosura á la cenagosa Lutecia que solo tenía algunas calles que habían sido mandadas empedrar por Felipe Augusto.

Halláronse, pues, perdidos aquellos gérmenes de libertad política en medio de la monarquía feudal que si bien conmovida en sus instituciones, era aun omnipotente por la fuerza de sus costumbres: así es que después de los Estados de 1336 y 1337, se vio progresivamente menguar el poder que aquellos habían conquistado. La corona que los había convocado para tener un punto de defensa llegó á temerlos: se consideró como un presagio funesto el volverlos á convocar en aquel tiempo de calamidades, y su recuerdo se enlazó con el de las desgracias que no habían causado, ó que no habían tenido tiempo de re-

mediar. El Parlamento en ausencia de los Estados, usurpó el poder político que se les escapaba, particularmente el derecho de queja y el de revisión de las contribuciones. De todos modos esa monarquía de los tres Estados que substituyó á la monarquía feudal, es la que trasmitió á la Francia la monarquía representativa después del breve período de absolutismo de Luis XIV, y de Luis XV.

Firmóse la paz entre el regente y el rey de Navarra en 1339, en cuya época espiró la tregua con Inglaterra. Tratóse el asunto de la libertad del rey Juan con las armas, y por medio de negociaciones. En cierta ocasión propusieron para este objeto un proyecto vergonzoso. El abogado general Guillermo de Dormans lo leyó desde lo alto de la escalera de mármol del tribunal de justicia al pueblo reunido en asamblea; el pueblo indignado gritó: que aquel tratado no era admisible, y que toda la nación estaba decidida á pelear en buena guerra con el monarca inglés.

Finalmente, en 8 de mayo de 1360 se celebró el tratado de Bretigny. Sobre este particular debe en mi concepto hacerse la siguiente observación que ningún historiador ha tenido en cuenta. Al ceder el rey Juan tantas provincias á Eduardo, nada le cedió casi de lo tocante á los dominios de su reino propiamente dicho. Señores independientes, tales como los La-Marche, los Cominges, los Perigord, los Chatillon, los Foix, los Armagnac y los Albret, eran únicamente los que mudaban de dueño, y como que nunca reconocieron en la corona de Francia facultades para imponerles un nuevo soberano, apelaron en tiempo de Carlos V á esa misma corona, y sacudieron el yugo extranjero. Así es que aquel desmembramiento de la monarquía feudal, de ningún modo podría compararse con el desmembramiento de la monarquía compacta y constitucional de la época presente.

El rey Juan volvió á Francia (25 de octubre de 1360) después de cuatro años, un mes y seis días de cautividad: asistió á un torneo en Saint Omer, oró en San Dionisio, y lo que valió más, entró en París el 13 de diciembre. Una tela de oro sostenida en alto, á manera de pálio, por cuatro lanzas, cubría al monarca al volver á entrar en las calles de la capital del reino, cubiertas de alfombras, y ofreciendo en algunos puntos fuentes de vino... El pueblo francés admira la gloria así como la desgracia.

En aquella época entró Duguesclin al servicio de Francia. La celebridad de este guerrero empezaba ya á divulgarse. El autor de su vida se expresa en estos términos: «Vereis (lector) un alma fuerte nutrida en el hierro, desarrollada bajo las palmas, y en la cual Marte se estuvo ejercitando por mucho tiempo. La Bretaña fue el campo en que hizo sus ensayos; los ingleses el objeto de que se propuso limpiar la Francia, y Castilla el punto en que brilló su obra maestra: sus hechos eran heraldos de su gloria: los reveses teatros de su constancia, y el feretro pedestal de un inmortal trofeo.»

La Francia había perdido provincias por el tratado de Bretigny, y en compensación de esa pérdida recibió un presente que llegó á serle funesto. Felipe de Roubre, de edad de quince años, último duque de aquella primera casa de Borgoña, que había subsistido por espacio de trescientos treinta años, desde Roberto de Francia, primer duque, hijo del rey Roberto y nieto de Hugo Capeto, murió en el castillo de Roubre en las festividades de Pascua de 1362. El ducado y una parte del condado de Borgoña, juntamente con todo lo que provenía de la herencia directa de Eudes IV, tocó al rey Juan, hijo de Juana de Borgoña, y sobrino de Eudes. Juan por de pronto incorporó esa rica herencia á la corona, y si la hubiera mantenido reunida habría evitado gran número de

desgracias á su raza; pero dió la investidura del ducado de Borgoña á su cuarto hijo, Felipe, primer duque de la segunda casa de Borgoña. «Para recomendar, según dicen, las reales cédulas expedidas en Germiny (6 de setiembre de 1363), el celo que Felipe le había mostrado, exponiéndose á la muerte y combatiendo intrépidamente á su lado en la batalla de Poitiers, donde aquel hijo querido fue herido y hecho prisionero.» Esas mismas cédulas instituyen el duque de Borgoña, primer par de Francia. Juan dió una organización normal á la guardia nacional de París, y se volvió á Inglaterra á morir.

¿Quiso darse en rehenes por su hijo el duque de Anjou, que había faltado á su palabra? Era una acción muy análoga al carácter del rey Juan. ¿Volvió á Londres con objeto de satisfacer una pasión, causa joci, según dice el continuador de Nangis? ¿Sería tal vez rival de Eduardo en los amores de la condesa de Salisbury? Eduardo tenía cincuenta años; la condesa ya no era joven, y el mismo rey Juan tenía ya cuarenta y cuatro. Los personajes que habían figurado en tiempo de Felipe de Valois se habían envejecido; muchos de ellos habían desaparecido de la escena, reemplazados por una nueva generación; el príncipe Negro que nunca gozó de popularidad en Inglaterra, se había convertido en príncipe soberano de Aquitania; en Carlos el regente, empezaban á revelarse indicios de Carlos el Sabio, y la celebridad de Duguesclin había hecho poner en olvido la del héroe de Poitiers. ¿Terminó el rey Juan su trágica historia con una novela? Todo puede creerse de los hombres. El 8 de abril de 1364 fue el último día de su existencia: en los funerales que en San Pablo de Londres se celebraron por su alma, se encendieron cuatro mil antorchas é igual número de cirios. No fueron en verdad tantas las luces con que los ingleses registraron los cadáveres en el campo de Crecy. Los restos del rey Juan fueron trasladados á Francia é inhumados (6 de mayo de 1364) cerca del altar mayor de la abadía de San Dionisio.

Aparte de la historia del reinado de Juan, merecen fijar la atención la de Nicolás Rienci, en Roma, y la condenación de Marino Falieri, dux de Venecia. De cuando en cuando se abrían paso los príncipes populares como los volcanes al través de las masas que pesan sobre ellos.

#### CARLOS V.

(Desde el 1364 al 1380.)

Una cualidad campea altamente entre todas las que poseía Carlos V: el conocimiento de los hombres y la instrucción necesaria para apreciarlos. Esta circunstancia le proporcionaba el poderse utilizar de todo lo sobresaliente que había á su alrededor sin necesidad de tener que sobresalir personalmente. Para no citar más que dos ejemplos corroboraremos lo que acabamos de manifestar diciendo, que eligió para el mando de sus tropas á Duguesclin, y á Bureau de Larivière para el consejo. Carlos V sacó utilidad hasta de sus mismas faltas: así es que, viéndose por la debilidad de su cuerpo condenado á una vida retirada, desarrolló en el retiro sus facultades mentales. Duguesclin libró la Francia de las grandes compañías trayéndolas á la guerra de España. Las contiendas entre don Pedro el Cruel y don Enrique de Trastámara se involucraron con las guerras de Francia, y produjeron revoluciones en que el príncipe Negro y Duguesclin aumentaron su celebridad. Clisson había aparecido en Bretaña; Carlos de Blois halló muerte en la batalla de Auri.

Los grandes barones de la Gascuña se sublevaron contra los ingleses que los habían oprimido. Carlos V mandó al príncipe Negro comparecer en París á estar á las resultas de lo que se fallara judicialmente acerca

de las quejas á que había dado lugar, y daños que había causado en el pueblo que pedía depender de la jurisdicción legal del trono de Francia. Un ayuda de cámara del rey llevó á Londres una carta de Carlos V, declarando la guerra á Eduardo: este no podía creer á sus ojos: tanto él como sus ministros miraban y remiraban los sellos pendientes de aquella inesperada declaración. Eduardo, adormecido entre los laureles de la victoria, no se había apercibido ni de la fuga de los años, ni de los cambios ocurridos en su alrededor, ni de la renovación de la raza humana en medio de la cual subsisten algunos hombres del tiempo pasado, que ni eran comprendidos, ni comprendían nada de lo que pasaba. El astro del vencedor de Crecy se iba eclipsando: la gloria de otro siglo no interesaba ya á una juventud que juntamente con otras pesiones descubría otro porvenir. El que lee la historia es como un hombre que va avanzando en la vida y ve caer uno á uno sus contemporáneos y amigos: á proporción que vuelve páginas del libro, van desapareciendo los personajes; una hoja de papel separa en la historia los siglos, como el césped las generaciones que duermen bajo la tierra.

Chandos ya no existía, y el príncipe de Gales estaba moribundo. Eduardo hizo una tentativa para desembarcar en Francia á socorrer la plaza de Thouars última que le quedaba en el Poitu: esta vez el mar no se manifestó complaciente y lo rechazó: el viento de la fortuna impelia otras velas. El príncipe de Gales fue transportado á Londres y espiró á la edad de cuarenta y seis años en el palacio de Westminster, dejando un hijo, el desgraciado Ricardo II, á quien se le disputó hasta la legitimidad del nacimiento. No tardó Eduardo III en seguir al príncipe Negro á la tumba: no era ya Eduardo el brillante caballero de la condesa de Salisbury; no era ya más que el esclavo de una cortesana que le robó hasta en su lecho de muerte arrancándole la sortija que llevaba en el dedo, (1377).

Puede notarse en 1371, el nacimiento de Juan de Borgoña y de Luis, duque de Orleans: así se va eslabonando la cadena de las prosperidades é infortunios de los imperios. El gran cisma de Occidente estalló en 1379 por muerte de Gregorio IX, y la duplicada elección de Urbano VI y Clemente VII. Carlos V reconoció á este último, y la Universidad siguió el mismo partido. Empezaron también á turbarse los asuntos políticos de Flandes: el duque de Bretaña, permaneciendo inalterable en su alianza con los ingleses, tuvo que ver sublevada contra él la nobleza de su ducado. Finalmente, Duguesclin, después de haber caído en desgracia de la corte, y entregado tal vez su espada de condestable á Carlos V, hecho que no está demostrado, fue á terminar sus días delante de Castel-Neuf de Randan. Sabido es que las llaves de esa ciudad fueron entregadas al feretro de Duguesclin, sin embargo, es cierto que aun no había espirado cuando las trajeron. En el testamento y en el códice del testamento fechado en 9 y 10 de julio de 1380, aun conservaba el título de condestable de Francia. Beltran dijo á su compañero Olivier de Clisson: «Señor Olivier, siento que la muerte me va estrechando de cerca, y ya no puedo deciros una multitud de cosas. Direis al soberano que me pesa en el alma no haber podido emplear más tiempo en su servicio; que no habría podido servirle con más lealtad; pero que Dios mediante yo tenía fundadas esperanzas de limpiarle de ingleses su reino. No faltan por fortuna leales servidores que consagrarán su tiempo á ese mismo objeto, y confío en que vos, señor Olivier, seréis el primero. Ruegoos que tomeis la espada que el rey me dió al hacerme condestable y se la devolváis; pues no dudo que sabrá emplearla en persona que la merezca. A él recomiendo también mi esposa y mi hermano, y adios que ya me siento sin fuerzas.» Duguesclin no sabía más que poner su firma.